



EVOCACIONES DEL PAISAJE VASCO

Nos ha tocado en suerte a los vascos, oasis del mundo, un país de alpinismo, de eminencias de todos los órdenes que acompañan constantemente a nuestro panorama.

La materia, que por ley de gravedad cae y se degrada en su energía, aquí asciende y se estiliza en picos, en ondas ingravidas envueltas en la penumbra, como tierras y rocas privilegiadas que escaparon de las planicies y estepas para venir a morar en nuestra compañía, asociándose al espíritu del hombre.

Con ello la tensión humana, el movimiento noble y superador de la vida, encuentra en el esfuerzo ambiente, un gesto de convivencia armónico y fraternal.

La llanura sin límites, inerte y plana, no ofrece apoyo al hombre que se agrupa vencida en los poblados: en la aglomeración de casas ventrudas, que buscan en el tacto de codos, remedio a su debilidad y desamparo.

Aquí, en cambio, el hombre se basta a sí mismo y se afirma profundamente en su soledad.

Señor en su caserío; dueño de su mutismo prócer y de la independencia sentida, sin palabras que repercutan en el ágora.

Y las viviendas diseminadas que vibran desde hace siglos a la intemperie de todos los meteoros, resumen como una síntesis la fisonomía de todo el ambiente ordenado a un fin superior.

Caseríos llenos de alma, por el que no pasan los individuos, el egoísmo de una generación, sino la savia que no termina, de la familia, de la estirpe.

El pequeño panorama, vibra acordado en todas sus partes al espíritu del hombre, que ha sabido, después de experiencias seculares, arrancar a la materia, al reino vegetal y a la vida de los instintos, notas fundamentales que hacen del todo un organismo armónico y ejemplar.

Oasis vasco, el nuestro, que orienta la atención del viajero alpino de las cumbres y le invita calladamente a detenerse contemplativo en medio de su marcha.

A olvidar el agobio y la inquietud con que el pensamiento ufanoso, la ambición y la lucha de la ciudad, solicitan y requieren con sus excitantes y apremios, con la fuerza creciente de los motivos que se confunden y engranan en el laberinto del maquinismo actual.

Sin la suficiencia y la vanidad que ciegan los cauces de la comprensión. Con la simpatía y abandono de quien se sumerge en el ritmo vegetativo; en el sueño del bosque;

en el vientre materno de la naturaleza, para que las fuerzas madres de Goethe tecunden la inteligencia desvalida.

En artistas, que contemplan pasivamente sumidos en las cosas que les rodean, vibrando por consiguiente al compás mismo de sus creaciones.

Dejando que la memoria acumulada alrededor, vaya desenvolviéndose con su cinta de evocaciones.

En frente de tus caseríos que tienen musgo y flora amigas entre las tejas y en las arrugas agrietadas de los años

Yedras compasivas, extendiendo su divagación protectora, con el abrazo de sus expansiones y las miriadas de hojas aplicadas a los secretos del interior. ¡Mensaje callado de eternidad adherido a los viejos muros que no deben nunca desmoronarse ni caer!

Luego es el roble, la encina, el laurel de Apolo que dá sombra benéfica.

La parra que se retuerce en la fachada con la promesa de sus caldos letificantes del corazón.

Todo el campo gozoso, lleno de yerba, de flores humildes que rebosa en las campas, en las heredades y llega hasta la cima de los picos y de las mesetas..

Son todas, pertenencias resonancias y ecos de la casa aldeana.

También la falanje nutrida de los maizales, con sus granos de oro; el trozo de huerta; los manzanos; aquel arbolar, estos senderos y caminos con las huellas gastadas por todos los que han pasado siempre.

La fuente clara, en un remanso oculto, a donde acuden por entre el ramaje los pájaros y los que se presienten a veces, reunidos por la casualidad.

Luego son los animales sencillos e inocentes que fraternizan con el labrador; llenos de emoción ejemplar y de humilde y agradecida prestancia.

La pareja de bueyes de estirpe sagrada.

Filósofos que descubrieron la vanidad de los bienes terrenos y guardan desengañados como esfinges su secreto, en silencio. Uncidos a la fatalidad; confiados en la virtud del buen ejemplo: abren pausadamente surcos y surcos; mueven el carro de labor y en la profundidad de la cuadra parecen meditar largas horas mientras saborean sin desmayo las yerbas de su habitual condumio.

Las vacas de ubres magníficas con los terneros sonrosados.

El burro sagaz, lleno de independencia y humorismo que retoza siempre juvenil convirtiendo la incompresión y el trato deficiente que le rodea en máximas expansiones de sonoridad que recorren el valle y lo conmueven con sus rebuznos.

Las ovejas, el perro, fiel guardian y las modestas aves acaudilladas por el gallo representativo.

El caserío es planta de aire libre, de luz; los vientos de septentrión, el austro y muchos más, pasan silbando furiosamente o se detienen en la calma del crepúsculo al atardecer, para que el humo de la foguera vaya subiendo tenue en un anhelo suave que no termina.

Entonces salen los niños gordinflones a jugar con el perro, a montarse en el burro, a caerse y a levantarse, entregados a su labor de crecimiento, a la inconsciencia de sus juegos.

También el viejo matrimonio que olvidó después de tantos años la juventud perdida, queda sentado en el portalón, mirando silencioso el panorama que encierra y resume los momentos y azares de sus vidas aparejadas.

Confidencia secreta de dos almas que ya agotaron el caudal de palabras y se refugia en la conformidad expresiva que el contorno infunde a todos los identificados con él y acuden a su mente las escenas que unieron sus destinos, cuando la belleza de la forma envolvía sus cuerpos con la fuerza y la gracia.

Brazos torneados, ánfora esbozada y pecho que se enchía medroso al contacto del aire; labios los de ella de cereza, que sonrefan con la revelación de su hilera de dientes.

Y luego el pelo negro y sedoso... Vió una tarde como estas, al que presentía, en la fuente, sin más testigos de su dicha que los pájaros atentos en la enramada.

Y se abandonó a su destino; al querer de mocetón henchido de fuerza.

Ensueños, romerías y la boda que sale de la Iglesia con los enseres en el carro chirriante.

Amorcillos más tarde que irrumpen como niños gordiflones que van creciendo como una cosecha esplendorosa.

Dicha y dolor, que alterna su melodía como algo inevitable que la sabiduría natural acepta sin comentario, haciéndose eco de una ley profunda...

Y las estrellas de la tarde, van saliendo para ellos, que no saben de telescopios ni de distancias que las alejan.

Pasa el Angelus más tarde con notas que condensan la religiosidad de los valles y convierten en oración la nostalgia de las horas que nunca volverán.

* *

Oasis vasco, aún presidido por Jaungoikoa, que mira complacido su paisaje, atento y bondadoso.

Lo mismo que en la Iglesia desde la altura de la cornisa del altar mayor, vigila a sus feligreses en ropaje de anciano venerable de barbas floridas.

El nos ha protegido desde siempre. Antes que el rey Melchisedec en nombre del Dios de la altura bendijera a Abraham ya nos miraba hacia muchos siglos desde lo alto de la cornisa del cielo.

Padre generoso de la fecundidad que lucha contra las sombras de la muerte. Sopro vivificante que hace brotar la primavera y guía a las abejas con el botín de polen, por los caminos de las flores.

Para que los frutos sabrosos de los otoños dorados y cumplidos, cuelguen maduros como ofrendas y exvotos.

Todo lo ve y en todo pone su amorosidad.

Cuida de las bermejuelas, cangrejos y sarbitos de los riachuelos perdidos en las hondonadas; y de que el agua de las fuentes no deje nunca de salir.

De los helechos, para las camas del ganado; y se acuerda de las ovejas sembrando yerba en los sitios más escondidos a donde nadie llega.

Sostiene las neveras del Gorbea, sin derretirse hasta el verano: hasta la festividad del santo patrón que ha estado todo el año esperando este día para triunfar en el gran panegírico del predicador de fuera y en los himnos cordiales, el boga-boga, y otros que brotan del ágape, acompañados por el acento amigable de la garrafa.

Apoya la casa antigua, la tradición aldeana, contra las leyes la pedagogía, de la enciclopédica y oye los rezos y las preces de los más cercanos a su providencia, en la lengua vernácula que escucha complacido.



Arte.— Bilbao

(Fot. Oianguren)

Mañaria, al fondo Mugarra



El preside las normas del corazón; la sencillez de la naturaleza; el secreto escondido en el arcano oculto de nuestro pueblo.

Padre de todo lo que alienta: es aire en el pecho fatigado, para ayudarle a respirar.

Mantiene la esperanza de los enfermos, cuando el sol del amanecer va entrando confortante por los resquicios y hendiduras de las ventanas.

Enseña a los convalecientes el paisaje que llega hasta sus cristales, manteniéndolo siempre joven y fresco con sugestión evocadora de salud.

Y cuando grogui; el que renuncia a vivir, comienza vacilante a desasirse como un náufrago de las cosas amables que le prestan ayuda, dentro de sus ojos vidriosos es la figura paternal de Jaungoikoa que aparece tentiéndole la mano.

Artista supremo, que acomoda el semblante muerto a la gravedad decisiva anclada en la eternidad.

Cruz en el cementerio de la aldea.

Promesa de resurrección que cubrirá de carne, los esqueletos de palo, para que se abracen gozosos en la patria inmortal.

Protector benevolente de las parejas encargadas de transmitir el genio de la raza, que antes de ir a la Iglesia hacen pausas y apartes para confesarse en la paz del sendero, su afán de eternidad.

Padre de los niños; de las madres fecundas y nutricias; del palankari, del forzado y del invierno de la vida, en el que viejo cofrade y camarada tiende sobre la frente la blanca vestidura de sus nieves tranquilas

Eres la alegría de nuestro pueblo y cuando el sol está en lo mas alto, allí le has puesto Tu.

Trajiste el tamboril, la danza saltarina de las romerías y la jocunda camaradería que necesita de los fermentos sanos del chacolí y la sagardúa, para vibrar al ritmo de las parras y los manzanales.

Escucha la oración de todos los seres que viven en la comunidad de tus dominios.

De las plantas menudas y los árboles que no se mueven, para mejor seguir tus caminos de luz.

De los insectos duros y brillantes, que chirrían en sus visagras, de contentos, aun que se vean prisioneros en los caparazones de metal.

De los que viven debajo de las piedras y nunca se quejan ni protestan por la oscura humedad de sus viviendas.

También oye a tus pájaros que saben melodía y alboradas y a los klin klonas de las sombras que templan en sus fauces de gelatina las notas perdidas dentro de la tierra.

A los mismos arroyos y regatos que bajaron a las fuentes desde las cisternas de las nubes, para peregrinar cantándote por las sendas de aguas de tus dominios.

Ten compasión de las piedras ruinosas y los muros antiguos que la tragedia del tiempo ha derribado.

Desalmenados los torreones, mudas las ferrerías, con la garganta de sus cauces seca; sin voz los martinetes.

De las mesnadas de robles y castaños que imploran con sus aspas de madera.

De los santos antiguos que están en las ermitas ya casi abandonadas, siempre inmóviles, meditando ejemplares las verdades eternas, en guardia los que eran soldados con sus espadas; de cariñoso ademán los ancianos que leen sin pestañear un libro

grande de pergamino: siervos abandonados, sin aceite en la lámpara que alumbre su oscura soledad.

¡Atiende las plegarias de los que te aman.!

De los aldeanos que cultivan las heredades durante la semana, andan con abarcas entre la bustina y los domingos van a misa mayor a rezar en los bancos de adelante.

De los arrantzales; los pescadores que salen a la mar en busca del bonito, de la sardina y a veces no pueden volver, aunque les esperan en el puerto y tienen que quedarse en el agua hasta que les comen los peces.

De las mujeres de entrañas compasivas y de los niños que comienzan a balbucear la lengua tuya.

Escucha al pueblo que pone en sus labios, tu nombre inmortal ¡Jaungoikoa! no dejes nuestro oasis, ahora que el mundo vuelve la espalda a todo lo que no encaja en los moldes de la inteligencia, que como exterior a la vida, seca, y consume todo lo que toca con sus tentáculos fríos e indiferentes.

Proteje nuestro corazón, las fuerzas centrales y profundas que nadie ha demostrado, pero que son la vida misma.

La simpatía con la tradición, con el paisaje, con los caminos que nos conducen inmutables y seguros a los designios de la ley natural, que ahora padecen violencia, acosados por la desidia y los eternos salteadores.

Infúndenos los bienes eternos, que no se pesan ni se miden.

Tus esencias perennes que crean y sostienen por amor.

B. de B.

